

NOTAS

EL EVANGELIO DEL DECADENTISMO

En el septuagésimo aniversario de "Al Revés", de Huysmans

Por Abel García Valencia

Setenta años hace que apareció en Europa la singularísima novela considerada como biblia del decadentismo. Es "A Rebour", de Juan Carlos Huysmans, un oscuro empleado que durante treinta años arrastró el fastidio de su vida, pobremente remunerado, en las perezosas y apolilladas dependencias de un ministerio. Nacido en París, pero hijo de padre holandés, Huysmans resumía el temperamento meridional de los latinos y la sensibilidad romántica del norte. Y es increíble, pero es cierto, que el extraño y refinado protagonista de "Al Revés", prolongó su evolución psicológica hasta el ingreso del autor en una abadía, donde escribió "El Oblato", y permaneció como el más humilde entre todos los hermanos conversos. Empero, en el neurótico y original Des Esseintes, héroe de "Al Revés", ya se advertían las tremendas crisis intelectuales que, estimuladas por su amor al arte medioeval, inclinaban a Huysmans hacia el catolicismo. Pero fue tan espantoso el proceso de aquella alma indecisa y desolada, que en las etapas impresionantes que iba quemando, señalábase por la aparición de obras como "Lá-bas", que toca en los linderos de la vida satánica; "La Cathédrale", exaltación del simbolismo de la arquitectura gótica, y "Les foutes de Lourdes", evocación de los hechos extraordinarios cumplidos en la pequeña ciudad de los milagros.

Esa novela, "Al Revés", fue una de las inspiradoras del "Retrato de Dorian Gray", como lo reconoció el propio Oscar Wilde durante el juicio que se le siguió por los desvíos de su conciencia equivocada y triste. Allí está, en ese Des Esseintes, personaje que fue la flor tardía, envenenada y solitaria de todas las culturas, allí está el enfermizo tipo humano que hoy buscan encarnar ciertos rollizos petimetres, mozalbetes hijos de campesinos, jovencuelos megalómanos y mitómanos, snobs descendientes de provincianos comerciantes palurdos. Huysmans no soñó con que así fuera desvirtuado Des Esseintes, el caballero "mignon" de corte francesa, hijo de un padre altivo, indiferente y lejano y de una madre blanca, espiritual y silenciosa, muertos ambos de enfermedad misteriosa y de curso lento. En raro ambiente penumbroso, en estancias asordinadas, aspirando el perfume de extrañas y delicadas esencias, alumbrado por la verde luz de numerosos candelabros de iglesia, bebiendo vinos amargos, entre viejos

códices, manuscritos miniados y desconocidos palimpsestos, el pavimento cubierto con pieles de fieras y de zorros azules, viviendo de noche, solo, hastiado y riquísimo, vemos allí transcurrir la existencia de Des Esseintes, entre persianas y colgaduras de anaranjados matices exóticos.

Vengo, sin embargo, a recordar las ideas literarias de Des Esseintes, que eran las de Huysmans, desentendiéndome de la vida absurda que hacía el asombroso personaje tras las cortinas espesísimas de su noche ficticia. Releyendo "Al Revés", el libro singular y estupendo, encuentro conceptos que después he visto explotar a los críticos. En Remy de Gourmont, sobre todo, he leído expresados como propios los pareceres de Des Esseintes acerca de los escritores latinos, de los llamados clásicos y los de la baja latinidad, de los paganos y los religiosos, de los que han llevado el cetro, y los que defendió también el colombiano Monseñor Rafael María Carrasquilla, en su luminoso estudio acerca de la pretendida barbarie del lenguaje escolástico. Prefiere Remy de Gourmont, en su "Latín Místico", el habla de los escritores medioevales al latín de Cicerón y Virgilio, imitado del griego, postizo e incomprensible. Y el escritor francés, incrédulo e irreverente, juzga, no obstante, que los escritores místicos latinos son más poetas que los contemporáneos de Augusto. Alaba sobre todas las cosas a Santo Tomás de Aquino, y agrega que la plenitud silábica de las estrofas del Doctor Angélico puede competir ventajosamente con los más sonoros y broncíneos acentos de Lecomte de Lisle. Es admirable, ciertamente, aquel himno que la cristiandad todavía repite y repetirá por siglos:

"Pange, lingua, gloriosi
corporis mysterium..."

Efectivamente, Des Esseintes colmaba los entrepaños de su exquisito gabinete de lectura con libros latinos de la mal llamada época de la decadencia. No le incitaban sino que le exasperaban Virgilio, Cicerón, Séneca y Horacio. Le fatigaban Tito Livio, Cátulo y los comediógrafos Plauto y Terencio. Desdeñaba sin remedio a Propertio, Tibulo, Juvenal, Marcial y Persio. Apenas Lucano le atraía un poco, y sólo el "Satiricón" de Petronio le satisfacía plenamente. Pensaba Des Esseintes que Virgilio era insoportable, con sus pastores lavados y emperifollados. Su Orfeo lacrimoso y su Eneas alfeñicado, que se pasea por la "Eneida" entre monigotes que se tiran a la cabeza pucheros llenos de versos helados, sentenciosos y pedantes. De Cicerón decía que su énfasis presuntuoso, su estilo exageradamente craso, sus períodos adiposos, interminables y mal ligados, justificaban el apodo con que los romanos conocían al elocuentísimo orador cuando le llamaban el "Gabanzo". El gran César, tan afamado por su laconicismo, era calificado por Des Esseintes como árido, seco y atacado de un estreñimiento increíble. Horacio le parecía insoportable en sus gestos de payaso viejo, y eran para él sus odas verdaderas monsergas desesperantes. En Petronio, únicamente en Petronio admiraba las excelencias de la prosa latina, y sólo en los agudos capítulos del "Satiricón" se compendia maravillosamente la pequeña crónica romana, con las costumbres de la época, los banquetes, los viajes, las diversiones populares, las bestialidades de los señores, la vida en los lupanares, las fornicaciones innumerables y el estúpido homosexualismo.

Pero entra Des Esseintes en el escrutinio de los poetas y escritores de la era cristiana, y allí sí se regocija al enumerar las gracias y las bellezas contenidas en los libros de aquellos verdaderos artistas. En la "Metamorfosis" de

Apuleyo se deleita, especialmente en el pasaje que refiere las nupcias del Amor y Psiquis, la diosa de alas de mariposa. Salta a la prosa escueta, adusta y concisa de Tertuliano, de quien le seducen aquellas páginas en que violentamente conjura a las mujeres pecadoras, "locas de su cuerpo". Alaba discretamente al cristiano Ausonio, quizá el último de los grandes poetas en latín, y le entusiasman los versos adornados de su canto al "Mosela". Se cansa, en veces, de las predicaciones de San Agustín, obispo de Hipona, pero no olvida el disgusto del arrepentido de las "Confesiones" por las cosas de este mundo, ni su descripción de las angustias del siglo, ni su exaltada promesa de mejores días que nos consuelen de los males de la tierra. El idioma latino, que escapa milagrosamente de las invasiones bárbaras y de la descomposición del imperio, se refugia y revive en los claustros. Beda el venerable, Boecio en su "Consolación por la Filosofía", y luego los autores del glorioso antifonario cristiano llenan el ámbito del universo con su hálito imponderable. Tal es el reconocimiento que hace Des Esseintes, y a través de su curiosa creación inicia Huysmans la reivindicación de la edad media, "enorme y delicada" según el dicho de Verlaine, el pobre poeta bohemio que supo tan bellamente aproximar y coordinar la poesía y la música.

En este septuagésimo de "Al Revés", la obra de Juan Carlos Huysmans, quería yo, literato subreptico, memorar esto que acabo de glosar malamente. Refiéranse otros a la vida extravagante del artificioso y excéntrico Des Esseintes, exalten su morbosa aficción por lo excepcional y lo desviado, comenten su desprecio por los humanos, hablen de sus lánguidas y letales embriagueces, aludan a su aislado enervamiento, a su dandysmo, a su quietud, a su spleen, a su desconsuelo inmenso. Interésame, sólo, devolver a Huysmans la merecida primacía como iniciador de la restauración del latín místico. El, antes que Remy de Gourmont y que otros eminentísimos críticos modernos, estableció el agresivo y atrevido paralelo que estoy mencionando. El evangelista del decadentismo fue, pues, el primero que reconstruyó el monumento de la literatura medioeval, entre visiones atroces y eruditos histerismos.

EL CARDENAL MERCIER

Por Alfonso Francisco Ramírez

Desiderio José Mercier, teólogo y filósofo belga, nació el 21 de noviembre de 1851 en la villa de Braine 1, Alleud, del Brabante valón. Murió en Bruselas el 23 de enero de 1926. Estudió en París y en Leipzig. En 1874 fue ordenado sacerdote. Profesor en el Seminario de Malinas y en el de Lovaina. Prelado de S. S. Arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica. Fundó el Instituto Superior de Filosofía, núcleo de la llamada "Escuela de Lovaina". Creador de la Universidad Católica de Lovaina. Admirable divulgador de la doctrina tomista. Durante la invasión alemana en 1914 defendió con ejemplar energía los derechos de Bélgica, y en su pastoral "Patriotismo y Firmeza", decía: "Considero como una obligación de mi cargo pastoral, definir vuestros deberes de conciencia frente al poder que ha invadido nuestro suelo y que, momentáneamente, ocupa su mayor parte. Este Poder no es una autoridad legítima. Por consiguiente no le debéis ni estima, ni adhesión, ni obediencia". De sus numerosas obras mencio-

naremos: "Cours de Philosophie", "Criteriologie générale ou théorie générale de la certitud", "La philosophie néoscolastique", "A mes Seminaristes", "La vie intérieur", "Oeuvres pastorales", "Le Cristianisme dans la vie moderne". Destacaremos algunas de sus ideas esenciales.

El Derecho. — La vida social, como la vida individual, se halla regida por una norma superior a los intereses caprichosos del humano apetito. Por encima de las vicisitudes de la vida humana, fuera del tumultuoso ambiente de las pasiones, existe una norma superior que las juzga. Sobre el hecho existe la ley; sobre la causa se da el derecho. La fuerza no es el derecho, puesto que su empleo puede ser legítimo o abusivo, es decir, conforme o contrario a derecho, y que su único uso legítimo es ponerse al servicio del derecho para asegurar su ejecución y respeto. Que el ejercicio brutal de la fuerza sea obra de uno solo, anarquista o autócrata, bien sea el acto de una mayoría y aún de toda la colectividad, importa poco; el hecho no es derecho, sino que debe estarle sometido y ser por él regido, juzgado, aprobado o condenado.

Justicia Social. — Cuando gentes con sentido común observan el mundo que se agita en nuestro planeta, descubren en él hombres, mujeres y niños formando familias: el hombre tiene su oficio o su profesión, la mujer se ocupa de su hogar; en esta muchedumbre que trabaja o se divierte, se dan ricos y pobres, instruidos o ignorantes, sanos y enfermos, buenos y honrados unos desde la cuna al sepulcro; otros viciosos, perversos o criminales. Si todos estos hombres se hallan unidos unos a otros y viviendo en mutuo contacto, mejor o peor, en paz y a veces en guerra, es que tienen necesidad unos de otros y que su interdependencia crea entre ellos un vínculo social que, por lo menos de derecho, si no siempre de hecho, debiera redundar en beneficio de todos. Semejante solidaridad de intereses se manifiesta desde luego en la familia, más tarde en esa familia ampliada que se llama la patria, finalmente en la familia universal que constituye toda la humanidad.

De ahí que, cuando una selección de hombres aspira a dirigir a sus semejantes; cuando una *autoridad* pública se constituye con la mira de gobernar un pueblo, su preocupación dominante ha de ser la de representar —es decir, promover, proteger, salvaguardar— aquella realidad social, aquel conjunto de variados intereses sociales. Este bien común, del que todos deben poder beneficiarse, es el objeto de la virtud moral más alta, la *justicia social*, de la que dice Santo Tomás que es, en primer término, la virtud de los gobernantes.

Gobernar es servir. — Gobernar, en todos los grados, es servir. Servir, en primer lugar, los intereses de las propias familias y de los propios individuos asociados, ya que lejos de ser la autoridad la enemiga de la libertad individual, es su salvaguarda y protectora. Servir, también y sobre todo, los intereses de algo que se halla por encima de los pueblos no menos que de los individuos, a saber: el honor, el derecho y la justicia. Porque el honor, el derecho y la justicia, no son abstracciones ni cosas que están en el aire: habitan en las almas inmortales de los ciudadanos, constituyendo su belleza, su mérito, su mejor título a la gloria eterna. La autoridad nacional se halla, pues, al servicio de este patrimonio moral. Por eso, cuando el Estado, es decir, el grupo de hombres que representan oficialmente la nación y asumen la misión de administrar sus inte-

reses, amenazas las prerrogativas morales o religiosas de los ciudadanos, de las familias, de sus múltiples asociaciones legítimas, el Estado se excede en el ejercicio de su derecho y justifica por anticipado la resistencia que habrán de oponerle los súbditos expuestos a sus intereses, sus intromisiones arbitrarias.

Somos iguales. — Es ante todo, cierto que en algún aspecto, desde el punto de vista de la dignidad *real*, todos somos iguales ante Dios, todos los rangos sociales son equivalentes. Mi criado, mi portero, mi jardinero pueden parecer, y en cierto sentido son inferiores a aquel a quien sirven, lo mismo que el obrero respecto del patrono o el elector de su diputado; pero, en el fondo, en un orden de cosas definitivo —el único llamado a sobrevivir a los pasajeros incidentes de nuestra efímera existencia—, la superioridad *real* se hallará vinculada al que posea mayor nobleza interior, mayor virtud, mayor desinterés al servicio de los demás. Así, pues, ante el Juez supremo, en realidad, las ventajas sociales llamadas fortunas, distinciones, honores, aún la inteligencia, no cuentan en rigor; sólo la buena voluntad, fiel a la gracia divina, es regla y medida del mérito.

Liberalismo económico. — Al paso que los privilegiados de este mundo tienen con qué pagarse todos los caprichos de su fantasía, mientras a ellos un régimen de refinada comodidad los preserva de los rigores del frío y de los ardores del sol, vosotros, pobres gentes del pueblo, no sois a menudo víctimas del sufrimiento físico? Cuántas veces vuestra miseria es inmerecida! Cuántas veces sangra vuestro corazón al no podérsela evitar a vuestros hijos! Cuántas veces, por la noche, muy tarde, cuando os disponéis a conceder algún reposo a vuestros cuerpos extenuados, sentís el alma angustiada por la incertidumbre del mañana! La razón profunda de semejante estado de cosas se halla en el quebranto del sentido social consiguiente al individualismo, que viene a parar, a la larga, en el liberalismo económico. El liberalismo económico no conoce más motor ni regulador que el interés propio. Hace basarse en lo que denomina, no sin amarga ironía, libertad del trabajo y el contrato libre, toda la organización económica de las sociedades, y se niega a ver en la competencia brutal desencadenada por semejante supuesta libertad el germen del aplastamiento del débil por el fuerte. Hemos respirado todos y por largo tiempo, la atmósfera mefítica de este pernicioso liberalismo. Hemos conocido la época en que, con demasiada frecuencia, el propietario rural o industrial, volviendo a la concepción pagana de la propiedad y del trabajo, adoptando como objetivo y norma de conducta su interés, no veía en el trabajador manual más que un factor sin entrañas y sin alma, del cual pudiera en justicia disponer como soberano.

El banquete de la vida. — Ante todo, conviene dejar bien sentada una afirmación, que acaso venga a rectificar arraigados prejuicios, y es que todos estamos convidados al banquete de la vida, no ya sólo al festín de los gozos eternos, más tarde, sino también, desde ahora, a la mesa de la vida presente. Ciertamente el Evangelio y la Iglesia bendicen el espíritu de pobreza, es decir, que nos recomiendan a todos, ricos y pobres, mantener nuestro corazón desprendido de los bienes terrestres; pero ni el Evangelio ni la Iglesia nos proponen como ideal la miseria. Por el contrario, la piedad nos enseña —dice San Pablo— a considerarnos felices cuando poseemos suficientes bienes de la tierra. Según la doctrina del Apóstol, servir a Dios y asegurarse por el trabajo una existencia in-

dependiente y que se baste a sí misma. Que cada uno por su talento y su virtud se esfuerce por merecer un rango superior al que ocupa, y todo corazón bien nacido se alegrará de ello: la carrera se halla abierta a todos los hombres de buena voluntad, y las distinciones sociales no están nunca mejor justificadas que cuando son conquistadas por el mérito.

UN VOCABULARIO "AUDIOVISUAL"

Por Manuel Orgaz

Causa profunda sorpresa para los que a diario trabajamos en materia de relación cultural y educativa el casi total abandono del bautismo en lengua castellana de las palabras técnicas, de los nombres de cosas, instrumentos o medios, que son cuerpo de tales actuaciones. ¿Qué podrá hacer el técnico, el especialista aislado, ante el aluvión de términos de raíz sajona, gala o de otras procedencias, que se le entran por todas las rendijas de los procesos, de las máquinas, de los elementos manejados a diario? ¿Deberá aceptar, sin más, el vocablo exterior, fomentar su difusión, contribuyendo con su esfuerzo aislado a la dispersión del idioma castellano? ¿Deberá, caprichosamente, individualmente, siguiendo los dictados de su capricho, de su comodidad, de su exclusiva formación cultural, traducir estos términos para hacerse entender mejor o peor?

Si en cualquier actividad de nuestro tiempo, y muy especialmente en las que suponen adecuación de ciencia aplicada, el problema es grave, urgente y presente, y para atender al mismo las Academias de la Lengua llaman a su seno especialistas que velen por la unidad, pureza y discreción de la terminología científica, piénsese si no será necesario atender también, con especial cariño e intensidad, a la recta formación de un vocabulario castellano que sancione de manera universal, por y para todos los hispanohablantes, el caudal de palabras que tienen precisión de utilizar a diario los que dirigen, realizan y sirven la difusión cultural, la educación fundamental, la relación especializada, a través de vehículos "más allá —o más acá— del libro y junto al libro"; a través de eso que hemos venido en llamar —y aquí surge el primer vocablo de resuelta cacofonía— lo "audiovisual".

Si para la difusión de la cultura, de la civilización, de la relación social, del progreso, el papel y la imprenta supusieron una revolución cardinal, en nuestros días el avance técnico ha situado, junto al papel impreso, medios de difusión y comunicación que, muchas veces, superan la importancia de aquél. Pensemos en la decisiva aportación que, para la cultura y la educación, suponen estas palabras que bautizan hechos, procesos o instrumentos: gramófono (o *toca-discos*, o *pick-up*); magnetofón (o *magnetófono*, o *grabador*, o *cintáfono*, etc.); dictáfono; impresor-lector (de *hilo*, de *cinta*, de *magnético*); *la radio* o *el radio*; transparencias (o *traslúcidos*, o *diapositivas*, o *slides*), y también *filmínas*, *film-strips*; el *cine* y la *televisión* (o *video*), etc.

Y el vocabulario que estos rótulos comprenden en su vida y funcionamiento no sólo es inmenso por lo ya conocido; cada día crece, como crece la vi-

da de la invención. Recientemente leíamos dos libros sobre técnica cinematográfica, impresos los dos en países hispanohablantes: uno en Méjico y otro en Argentina. No sólo el casi 100 por 100 de los términos utilizados eran ajenos al lenguaje castellano; lo peor fue que las mismas cosas o procesos se llamaban de distinta forma, se bautizaban con palabras extranjeras distintas, tomadas de un conjunto de dos o tres idiomas. Se repetía, una vez más —ampliada aquí—, la tremenda observación de Dámaso Alonso sobre las dos grandes áreas de fragmentación del castellaano: la de influencia anglosajona y la de influencia galicista.

Ante la presencia de términos que surgen constantemente, y que son difícilmente digeridos por nuestra lengua, como actualmente los de *cinemascope* o *travelling* (inexacto hasta en su significado originario), *sincronizado*, *doblaje*, *audial* y la gama de derivados de las distintas combinaciones sonoras de audición, afortunadamente apoyadas en raíces clásicas, como estereofonía, monofonía, diafonía o multifonía, ¿no parece urgente que los encargados de velar por la unidad y dignidad del idioma adopten medidas claras, universales, que eliminen toda confusión? ¿Se puede difundir cultura hispánica, se puede educar "audiovisualmente", con el terrible lastre de no disponer de un vocabulario inteligible para todos, ni siquiera único, ni siquiera exacto, ni siquiera eufónico, no acordado a nuestra lengua, feo e infiel a los mismos idiomas de donde se mal roban sus términos?

Citémos a Dámaso Alonso en el curso de la magnífica oración pronunciada en el seno del II Congreso de Academias de la Lengua Española: "...Lucharemos por tratar de impedir que, cuando otro producto o invento nuevo llegue a la comunidad, se fragmente su denominación desde un principio..." Para ello propone el ilustre académico la creación de "un servicio de urgencia y atenta vigilancia", a fin de que el vocabulario sea siempre uno y común para todos los pueblos, para todos los hombres que usan la lengua castellana.

Y con la anarquía hoy existente, ¿no será posible adoptar medidas, planes, normas para salir del caos terminológico reinante? Hoy los técnicos, los especialistas, los que trabajan a diario y conforman esta materia *audiovisual* del *cine*, de la *radio*, de la televisión, sienten rubor de oficiantes de una liturgia expresada con palabras oscuras, indecisas, ininteligibles. Les parece que manchan el sonido y la imagen de la lengua al difundirla por la imagen y por el sonido. ¿Se puede divulgar la belleza y riqueza del mundo hispánico, la gravedad de una catedral, la frescura y regalo de un paisaje, la colmena esperanzadora de una fábrica... con *slides*, por el *video*, en *cinemascope*? ¿Se nos quebrará la voz melódica de un oratorio de Muñoz Molleda, el acento hondo y supremo de la música de Falla, si la divulgamos con *tapes* por medio de *recordings* o *montándola* en un *play-back*?

Sí; extraña y desoladora liturgia la de hablar y ser oídos, ver y ser contemplados, a través del bautismo extraño y plural, disperso, no universal, de vocablos sin eufonía, sin cadencia y sin ortografía castellana. Quizá, puesto que de liturgia se trata, debamos volver el recuerdo y la inclinación al buen latín y al buen griego, cuyo maravilloso don de abuelos y padres de nuestra lengua, con sus mil recursos de viejos sabedores, nos devuelvan al buen camino de lo *fónico*, de lo *fotográfico*, del alfabeto y del abecedario.